

alguna curva, podría aventarlo muy lejos y hacerle daño.

Puuu, puuu... chic, chic, chic... el tren partió.

Desde mi ventana agitaba el pañuelo despidiendo aquel tren en que partía mi corazón.

\* \* \*

Horror, un descarrilamiento!

Una macolla espinosa y enorme de cardo, de ese que gusta tanto de crecer entre ruinas y escombros, se había enredado entre los pies descalzos de varios de los carros y alcanzado hasta a la caña hueca produciendo el terrible siniestro; la conmoción del tren fué tremenda: carros a la derecha, carros a la izquierda, carros unos sobre otros.

Como un tren de salvamento me precipité hacia el lugar del siniestro.

Felizmente, los daños no pasaban de rasponazos, chichones y espinadas; carros inutilizados, ninguno.

\* \* \*

Y el carrito en que viajaba mi corazón?

Allí estaba acurrucadito a un lado de la vía, esperando quietecito el tren de salvamento; reposaba sobre el brazo izquierdo del carro que le seguía, quien, en el momento del peligro, olvidándose de sí mismo, metió el brazito que le quedaba libre para impedir que cayera sobre una piedra puntiaguda.

Aquel carrito noble y generoso, vestía harapos e iba descalzo como casi todos los hijos del pueblo.

\* \* \*

Hijo de mi alma: busca el corazón del pueblo y reposa tranquilo sobre él; oculta un oceano de bondad sólo comparable al que guardan en sus entrañas las cordilleras eternas.

*Salomón Castro*

## El prado de las cuatro bellezas

*Ahi Pisa, vituperio delle genti.*

DANTE: *Infierno*, XXXIII.

Porque Pisa tiene el encanto de su soledad, porque el turismo invasor la descuida y porque guarda de su antigua grandeza el recuerdo fragante y armonioso, el peregrino que desee recibir hondas emociones de arte y de latinidad, debiera comenzar por ella su ruta itálica.

Florenia pudo llevarle con la primacía política el cetro artístico, pudo vencerla y sujetarla, pero de Pisa salió la luz que luego fué llamada en el Renacimiento. Por eso guarda como un tesoro el nombre de Nicolás Pisano, el precursor, que había de hallar en los mármoles de las tumbas antiguas la inspiración renovadora. Y así el amator de arte que viniere de Grecia, con escala en Roma, debiera ante el relieve que representa la caza de Meleagro, iniciar su peregrinación admirativa.

Además, Pisa le ofrecerá sosiego. Si cargado de ilusión y de ensueño

visitara Florenia y si en sus calles o en sus palacios, en sus museos o sobre el Arno amigo gozara de estética voluptuosidad, llegaría el inglés rectilíneo o la americana turbulenta a destruir su sueño con alguna tonta interrogación o con una fotografía irreverente. Llegaría luego la caravana de turistas guiada por un imponderable cicerone y, al rato, boquiabiertos y sabios, los clientes de Cook asegurarían con filosófico convencimiento que en nuestra época los artistas no hacen obras semejantes. Y vendría también la inefable pareja de enamorados a ruborizarse ingenuamente ante un maravilloso desnudo, y el peregrino habría de contemplar la traviesa mirada de soslayo de la novia y la estirada actitud de conveniencia del galán. Su sueño habría de turbarse por tanta herejía, por tanta indiferencia, por tanta mediocridad.

En cambio, las pequeñas ciudades